

Humoristas en El Salvador⁽¹⁾

Hugo Lindo

— I —

Don Hermógenes Alvarado p. (1845-1948) cultivó la literatura costumbrista. "Como literato, sobresale por su espíritu chispeante y humorista", ha escrito de él el Profesor Saúl Flores. Quedan, de su pluma, los siguientes volúmenes: **Cuadros de costumbres**, **Aventuras del Gran Morajúa**, **Los apuros de un francés** (1896) y **Estafeta de la capital**.

Lo más conocido de toda su producción es **La pelea de gallos**, relato sumamente descriptivo en el cual zahiere las costumbres, mejor dicho el vicio, por entonces muy extendido entre nuestras clases modestas, y ya desaparecido del todo, de las peleas de gallos. El juego distrae por esa época tanto como el alcohol, al artesano, del cumplimiento de sus deberes. Aquí, en este trabajo, puede notarse muy fácilmente lo que venimos de aseverar respecto al **animus corrigendi** de este tipo de literatura.

La obra del señor Alvarado p. está a punto de desaparecer. Quedará un mínimo de ejemplares de sus producciones en bibliotecas particulares. Sería pertinente que, por su valor bibliográfico e histórico, el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura reeditaré, en uno o dos volúmenes, los trabajos existentes.

Manuel Mayorga Castillo, nacido en San Miguel en 1864, firma con el seudónimo Gil Sol. Lo menciona Juan Ramón Uriarte en su **Síntesis histórica de la literatura salvadoreña**. En la Biblioteca Nacional de El Salvador se encuentran dos obras suyas, de las cuales sólo una pertenece al género que hoy nos interesa. **Llámase Paliques**, y tiene pie de imprenta de 1905.

En el mismo párrafo en que cita Uriarte a Mayorga, hace también referencia a Salvador Carazo, autor de **Cuatro soldados y un cabo** y de **Taracea** (1885), que el autor subtitula "colección de cuentos serios". Los hay en el tomito de propia cosecha, en castellano y en inglés, y traducciones del inglés (Kipling) y del francés (Daré), recogidos bajo el rubro "Exóticos". Como que el autor viajado y culto, quiso en aquella sociedad de fines de siglo que tanto estimaba los dones del espíritu, dar una muestra de la amplitud de su formación literaria. Tomamos al azar, de uno de sus cuentos, este párrafo:

"Las preguntas llenas de ansiedad que se dirigen al criado, revisten cierto carácter augusto y están preñadas de lacónica elocuencia.

(1) Cf. ECA, 1957, 469.

—¿Traes el cogñac?
—Sí, señor, en esta alforja está.
—¿Y el whiskey?
—En esta otra.
—¿El tirabuzón?
—En el bolsillo.
—¡Ah...!

Esta interjección tiene la fuerza del suspiro de un cachalote, del resuello de un hipopótamo, del bufido de un delfín. Su traducción en el lenguaje corrientes es: todo está bien en este mundo, que es el mejor de los mundos posibles”.

Francisco Román González, (Fósforo), que por algunos años dirigió la revista **Actualidades**, es originario de Guatemala; pero su vida literaria íntegra se desarrolló en El Salvador. Conservándose de él los siguientes tomos: **Alacranes y violetas**, colección de artículos festivos (1902) **El casto rosalbo** (1904) **Cuentos de color de fresa** (1904) y **Cuentos para niños de 40 años** (sin fecha de edición).

Del poeta romántico Joaquín Aragón hemos hallado en papeles ya tostados por el tiempo, un largo poema jocoserio, titulado **El puente de los esclavos**, en el cual se relata la leyenda de la construcción de dicho puente por el propio Satanás y sus secuaces. La “Dedicatorio con ribetes de prólogo” tiene cosas deliciosas:

Anoche, así que concluída
tenía ya esta leyenda,
me fuí a dormir a lo fraile,
es decir, a pierna suelta.

Esto nos hace creer que Aragón, poeta de suspiros y de “ayes y de “tumbas frías”, ha de tener una producción humorística más amplia. Valga el dato, por curioso, como pista para los investigadores, quienes hallarán el trabajo citado en la revista *La Universidad*, Serie II N° 10, de 1° de julio de 1891.

Don José María Peralta Lagos —que aparece citado en otra parte de estos apuntes— dedicó todo un estudio al análisis del aspecto humorístico en la personalidad, la vida y la obra de don Alberto Masferrer.

Apunta las que él considera notas humorísticas. Para nosotros, en alguna parte de la obra de Masferrer, como en **Niñerías**, hay ingenio y hasta delicados rasgos irónicos; pero no consideramos del todo justificado llamarle humorista. ¿Quién es el autor que no tiene, sobre todo si su obra es copiosa, algún puntillo de gracia picante, alguna salida de buen o de mal tono...?

Don José Belisario Navarro, sin ser propiamente un humorista y sí escritor de costumbres, deja caer, con frecuencia, en sus trabajos literarios, muy ágiles insinuaciones. Lo citamos porque su nombre no debe faltar entre los de quienes se dedicaron a la expresión del ambiente de fin de siglo.

Don José Héctor Paz (1884-1941), fundador y director del diario **El Comercio**, también fué, según informes, hombre de sonriente pluma.

Nosotros no hemos tenido oportunidad de conocer su producción.

Tampoco podemos decir nada de Nicolás Canelo, ni de Justo Martel, porque no conocemos siquiera una muestra de sus obras. Los apuntamos también por referencias y de manera provisional, para lo que ello pudiera ser útil.

* * *

Luis Lagos y Lagos, de quien corre tanta historia de boca en boca, ejerció el periodismo en El Salvador, en Chile y en Cuba. Fué hombre de humor, lo mismo en las tareas literarias que en la vida de todos los días.

Ingenio de esgrima rapidísima y personalidad de rezumante simpatía, dedicó la simpatía y el ingenio a la política y a la bohemia.

Refieren quienes lo conocieron, que si su pluma es ágil, su conversación tuvo aún mayor encanto. Hombre de mil recursos, aguzados por las frecuentes penurias a que lo sujetaba su falta de método en la vida, se hacía perdonar todos sus yerros con una sola frase oportuna. Era, afirman, imposible decirle "no".

Sus trabajos son ya poco conocidos, tanto por haberse agotado las ediciones que los contienen, cuanto por haber tenido la mayoría de ellos cierto valor contingente, actual en el momento en que fueron escritos, o, dicho de otro modo, periodístico.

Firmaba con el seudónimo **Lapizlázuli**, mas la sociedad en general solía llamarlo "El Negro Lagos", a causa de su morenez aindiada, que no negroide.

De su ejercicio en la línea periodística del humor, queda un pequeño volumen titulado **Vademécun**, que acaso sería conveniente reimprimir, no tanto por su valor intrínseco, cuanto por su valor histórico en nuestras letras, ya que la figura del Negro Lagos ha pasado a ser casi mítica, y muy pocas personas conocen de él, algo más que anécdotas de dudosa autenticidad. Por esto, nosotros adherimos totalmente a las palabras que sobre él expresa Manuel Andino en **Tribuna Libre** de 15 de abril de 1956:

"La del escritor salvadoreño Luis Lagos y Lagos es una vida pintoresca, aventurera, llena de luces y de sombras, vida que está esperando al crítico auténtico que la fija en su verdadero valor. Porque sobre Lagos y Lagos se ha tejido una leyenda que oscurece su verdadera personalidad. Las anécdotas sobre su vida bohemia muchas de ellas falsas, en nada aumentan el prestigio de su figura de escritor. Confieso que releendo algunos de los artículos de Lagos y Lagos he sufrido casi una desilusión. No es, en mi concepto actual, el humorismo en quien creí en mis mocedades. Parte de su obra está condicionada a circunstancias políticas que le conquistaron simpatías populares. Escribía, sí, en prosa ágil, suelta, picante, abusando, a veces, de términos efectistas para mantener la atención del lector. En *Vademécun*, escrito en Chile, hay páginas que valen como personalidad. Por eso creo en la necesidad de un verdadero crítico que fije su justo puesto en la literatura centroamericana".

Si ese crítico no ha sido el propio Manuel Andino, quien se ha limitado a decir lo anterior, sí podemos afirmar que él es su precursor, por cuanto da una pauta justa y sin prejuicios, para abocarse a la obra real del Negro Lagos, desbrozándola de mitos y anécdotas con frecuencia más vulgares que ingeniosos.

De 1923 a 1941, fueron apareciendo, en diversas imprentas de San Salvador, los libros de don José María Peralta Lagos.

Nosotros lo conocimos ya viejo. Había nacido en Santa Tecla en Julio de 1873. Era hombre de gran estatura, corpulento, ancho de hombros, con una cabeza maciza cuyas notas características eran el pelo espinado, las lentes gruesas y los bigotes caídos, como de morsa. Su charla era bondadosa y amena, siempre decorada de anécdotas amables de cuando él era cadete en la Academia Militar de Toledo.

Ingeniero y militar culto, sufrió al regresar a la patria, las estrecheces intelectuales y morales que le imponía un ambiente poco desarrollado, en contraste con el que él venía de conocer. Su pluma se dedicó entonces a señalar defectos y proponer remedios, desde las columnas del **Diario del Salvador**, del **Diario Latino** y de las revistas **Actualidades** y **Don Tumas**, dirigidas por otros dos humoristas: Francisco R. González (Fósforo) y Luis Lagos y Lagos (Lapizlázuli). De esos artículos surgió su primer libro, **Burla Burlando**, editado en 1923, cuya segunda edición, hecha por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, apareció en 1955. Es el único de sus libros que tenemos a la mano. Los demás, agotados desde hace mucho tiempo se inicia con estas frases:

Si se juzgara a don José María Peralta, cuyo seudónimo era el de T. P. Mechín, por sólo esta obra, habría necesidad de negarle el carácter de humorista, o de otorgárselo con muchas reservas. Ciertamente el libro tiene algunas páginas graciosas, sobre todo aquellas en que relata las pillerías y ocurrencias de sus hijastros y de sus hijos; pero el tono general de la obra, no obstante el estilo flúido como el que más y ejemplarmente castizo, es más bien un tono de crítica directa y regañona, sin esa tangencia cáustica o cosquillante del verdadero humorismo. Dice cosas crueles, muy a la pata la llana. No sugiere, no insinúa, no se vale de ningún recurso indirecto. Así, por ejemplo, su artículo **Los seudónimos**, (obra citada, 2ª edición, página 103) s inicia con estas frases:

“Nada abunda tanto en mi tierra como la tontería a no ser la ignorancia, su prima hermana”.

Más que de la pirotécnica o de la agudeza de sus rasgos de ingenio, la fama de humorista de T. P. Mechín parece nutrirse de su habilidad para relatar anécdotas. Nos consta que como conversador era impagable. Como escritor, las cuenta con gracia y donosura. Véase si no: en el artículo que intitula **Utilidad del ombligo** (página 175), después de haber referido el fracaso de uno de sus hijos en exámenes públicos de primaria, escribe:

“Me largué furioso, entre once y doce, bajo un sol de patente.

El llegó a casa, y entró pasito, deseando acaso hacerse hormiguita.

Yo no me di por entendido.

Durante el almuerzo correspondí a sus miradas tímidas y recelosas con este discurso:

—¡Vaya una ocurrencia la tuya! ¿Para eso me hiciste caminar dos kilómetros? ¿No te dió vergüenza de la que yo pasé viendo que no acertaste ni una sola vez?

—Me corté, pero en Anatomía contesté bastante...

—¿Y qué sabes tú de eso?

—Pregúntame...

¡Gravísimo aprieto!

¿Qué diablos sé yo de esa rama de las Ciencias Naturales para preguntarle?

Mis conocimientos en Anatomía no pasan de aquello de "un frontal, un occipital y dos parietales". ¡Ahí! Y la definición de "pelos".

Me parecía indecoroso preguntarle una cosa tan elemental: yo quería anonadarlo con una sola pregunta. Dios me iluminó.

—¿Para qué sirve el ombligo?— le pregunté a boca de jarro.

El pobrecillo se quedó lelo. Miró a la abuela, luego a su madre, y después al techo.

Iba a saborear el triunfo cuando el pequeño, Pipo, exclamó:

Casi me arrepentí de haber hecho la preguntita, pero ya no había remedio y añadí, entre curioso y desconfiado:

—A ver: dilo tú.

—Para sacarse la tierrita!

A mi se me salió la sopa por las narices, y faltó poco para que me ahogara..."

La nómina de obras de T. P. Mechín aparece en la nota preliminar de la edición a que hemos aludido. De ella entresacamos las obras de carácter irónico, que son, además de la mencionada, "Brochazos" (1925) "Dr. Gonorreitagorrea" (1926) "Candidato" comedia en tres actos (1931) y la "Muerte de la Tórtola", novela de costumbres (1932).

Murió don José María en Guatemala, en donde se hallaba de paso, en julio de 1944. Ojalá que la reedición de **Burla Burlando**, sea el comienzo de la reedición total de sus obras, que por muchos títulos resultan de indispensable conocimiento en la historia literaria de mi patria.

Pasando por encima de preconceptos bastante extendidos en El Salvador, saltando por sobre la intocabilidad de algunos varones, e irrespetando la nombradía un tanto gratuita que a más de uno de ellos se otorgó, no vacilamos en señalar a Francisco Herrera Velado —nacido en Izalco, población indígena del Departamento de Sonsonate, el 8 de enero de 1876— junto con Alberto Rivas Bonilla, como a los mejores humoristas salvadoreños del siglo pasado.

Colaborador frecuente de la revista "La Quincena", que ya hemos tenido oportunidad de citar, Herrera Velado inició su carrera literaria con el cultivo de la poesía lírica. Hacia 1923 cambió de tónica, publicando en San Salvador su libro **Mentiras y Verdades**, ya difícil de conseguir. (Debería a nuestro parecer reeditarse). Son cuentos y leyendas picarescos, escritos en muy elegantes y fluidas octavas reales, que recuerdan en mucho a las del guatemalteco Batres Montúfar (**El Relox, Las falsas apariencias**) a quien Herrera Velado sigue conscientemente muy de cerca, a grado de escribir una continuación o glosa de **El Relox**.

El Dr. Ramón Quezada, otro humorista de estirpe, indica en el prólogo de esta obra: "El alma deliciosa y traviesa de José Batres Montúfar tiembla en sus páginas y por ello causa su lectura indecible bienestar. Parece que un soplo de erotismo de subido color abrasa estas hojas, ya dolientes, ya impregnadas de lascivia y siempre reales".

Este suave reproche —el del subido erotismo— lo hallará bien justificando el lector que recorra las páginas de la obra. A veces llega al lindero mismo de la vulgaridad, y sólo le salva de caer en ella el salto de garrocha, atrevidísimo, que da apoyándose en el ingenio. Siempre le queda un equívoco, una anfibología, un deliberada oportunidad para echar la culpa de todo malicioso contenido, a la imaginación del lector.

Vaya ahora una muestra de su fluidez retórica y su penetrante ironía:

Soy un hombre de pro, de autoridad,
un administrador de gran poder,
por mi capacidad y seriedad,
y me saben querer y obedecer,
y domina en San Paz mi voluntad.
Pero en casa quien manda es mi mujer,
y hago lo que tengo estipulado,
lo mismo que si fuese diputado.

Agua de Coco se publica en 1926. El infatigable Trigueros de León, Director del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, nos ha brindado una buena reedición de este libro, en 1955. Es el volumen 4 de la **Colección Contemporáneos**.

Es un tomo de relatos en prosa. Su título no requiere explicaciones para los salvadoreños, pero sí para los extranjeros. En el caluroso Departamento de Sonsonate, bendecido por innumerables corrientes fluviales, los cocoteros prosperan exuberantemente, a grado de imprimir carácter específico, tropicalísimo, al paisaje. De ahí que las gentes de la zona reciban el cognomento de "agua de coco", tal como en Chile llámase "penquistas" a los de Concepción, y "morlacos", en el Ecuador, a los de esta tacita de plata que, entre picachos cordilleranos, tiene el españolísimo nombre de Cuenca.

Así, el título de la obra que nos ocupa, refiérese a la comarca y a sus moradores. Es el escenario y son los personajes de los cuentos.

El escritor nacional Manuel Andino, se refiere sintéticamente a esta obra, en los términos que siguen:

"**Agua de Coco** consta de veintidós cuentos y tradiciones, todos de ambiente sonsonateco, que el autor conoce muy bien, en que ha vivido intensamente: Herrera Velado nació en una de las poblaciones más importantes y pintorescas de aquella región occidental; en Izalco. Así, nadie como él para relatar las cosas y pintar los tipos de esa parte del país. Lo hace con donosura, con agilidad, con estilo fino, picante, matizado de ironías. Hace hablar a sus personajes con naturalidad, en el propio lenguaje de las gentes del pueblo, pero sin abusar de los términos vernáculos, abuso en que caen algunos cuentistas, a grado tal que los cuentos o simples relatos resultan imposibles de entender para los lectores extraños al ambiente en que se desarrollan aquéllos".

Este conjunto de relatos es de lo más amable, jugoso y picaresco de nuestra literatura narrativa, y de lo que presenta mayor dosis de humor. Como que Herrera Velado conoce las costumbres y el lenguaje de los indios de Izalco y Nahuizalco (los únicos indios puros que aún quedan en el territorio salvadoreño), y sabe de sus trajines rurales, de su sicología, de su humana sustancia.

Elogio especial requiere la obra de Alberto Rivas Bonilla, nacido en la ciudad de Santa Tecla, en 1891.

Ya hemos tenido oportunidades aquí en Chile, de dar a conocer su nombre y parte de su labor.

El doctor Rivas Bonilla —es médico y cirujano— actual Secretario de la Academia Salvadoreña de la Lengua, tiene publicadas dos obras en el género que hoy nos interesa.

La una es **Andanzas y malandanzas**, en la cual relata las vicisitudes de un pobre perro de finca, todo él canijo y sarnoso, llamado, por antífrasis, Nerón, en el cual vemos nosotros la presentación simbólica y refinada del dolor y la miseria campesinos.

El malogrado escritor nacional Alberto Quinteros h., muerto el año pasado en plena juventud, dice que este libro es "obra cuya lectura es deliciosa, al par que amarga, pues mueve a profundas reflexiones por su contenido dolorosamente humano y su oculto sentido". Estamos completamente de acuerdo con este dictamen. También adherimos al parecer de Quinteros h., cuando afirma que la descripción de Nerón "es sencillamente magistral". Veamos dos párrafos de ella, nada más:

"Era una triste ruina perruna que dejaba de tener pelos por tener pulgas. Matusalén canino que, según todas las apariencias, en un tiempo indefinidamente remoto fué negro parchado de blanco, con dos lunares amarillos arriba de los ojos, y que ahora no se dejaba la piel a fuerza de pura sarna".

"A la fecha, se le puede considerar como miembro de la familia. El más humilde, el más resignado, el menos exigente de todos. Hasta nombre tiene: los muchachos le han adjudicado el pomposo de Nerón, ante cuya afrenta, fiel a sus principios y consecuente con su modo de ser, no ha pronunciado una palabra de protesta, no ha tenido la más pequeña manifestación de desagrado".

Andanzas y malandanzas viene a ser, bien mirada, una novela breve, escrita en un envidiable castellano, lo que nos da pie para considerar a Rivas Bonilla como a uno de los muy escasos novelistas de la patria.

La obra se publicó por primera vez en 1936; hay ahora una limpia reedición del Departamento Editorial, que aparece como el volumen 2 de la **Biblioteca popular**, en 1955.

También lleva dos ediciones su otro libro, **Me monto en un potro...** La primera se hizo en 1943 y la otra en 1952. Como ambas están ya agotadas, va llegando el momento de hacer una tercera. Bien lo vale este libro, que consta de 26 relatos a cual más gracioso y flexible, con sus ribetes de costumbres, pero con moderna vivacidad y estilo sin engolamientos finiseculares...

Adolfo Pérez Menéndez, colaborador bastante asiduo de **El Diario de Hoy** en San Salvador, es hombre de gran cultura literaria y de criterios inflexibles. Como polemista, es sin duda uno de los más peligrosos que haya tenido El Salvador. Su facundia, su fluidez verbal, su sentido un tanto aplastante de la ironía, hacen pensar a veces en los torrentes oratorios de Antonio José de Irisarri.

Es precisamente allí, en la función polémica, en donde Pérez Menéndez ha demostrado condiciones excepcionales de humorista. Lo hemos visto escribir denuestos disimulados, cuya lectura haría pensar en un hombre envenenado de rencores y reírse él mismo a carcajadas de las cosas que le van brotando de las teclas de la máquina. Es demoledor. Es terrible. Es un Júpiter Tonante, lleno de malicia, que dispara sus rayos, una veces de ajustada lógica, otras de jocosísimo absurdo, de manera inclemente. Mas para conocer y gustar su obra, es indispensable estar en antecedentes, y saber qué causas motivan cada una de sus polémicas.

No ha recogido sus trabajos en libro; empero la calidad literaria de todos ellos, les otorga de antemano un sitio en la historia de las letras centroamericanas.

Es ahora un hombre próximo a los sesenta años, si no ha llegado a ellos, y vive en la ciudad de Guatemala, en la república hermana y vecina...

